

Miguel Angel Vega

## Juan María Gutiérrez



**JUAN MARIA GUTIERREZ** es una de las notables figuras de las letras argentinas del siglo XIX. La tiranía de Rosas lo obligó a emigrar por distintos países europeos y americanos. No fué como Sarmiento y Mitre soldado y escritor a la vez, sino hombre recogido en sí mismo, dueño de una intensa vida interior. Combatió al enemigo de la libertad y de la democracia con su acerada pluma sin salir a los campos de batalla y sin estridencias tribunicias.

Nació en Buenos Aires el 6 de mayo de 1809. Su primera infancia se deslizó tranquila y plácida junto a sus familiares. La muerte prematura de su padre y la pérdida de una pequeña fortuna administrada en una casa bancaria, cambiaron la faz de su vida y de su hogar. Con resignada fe en el porvenir supo vencer, sin embargo, estos infortunios y proseguir sus estudios. Ingresó a la Universidad de su ciudad natal, donde se distinguió como estudiante de ingeniería primero, y de jurisprudencia más tarde. El adolescente ávido de saber y de un destino social seguro no tuvo la satisfacción de ver cumplidas sus nobles aspiraciones debido a la tiranía reinante en su patria.

La vida universitaria de Gutiérrez perfila al hombre y al escritor. En las aulas bulliciosas de la Universidad traba amistad con Juan Bautista Alberdi, Antonino Aberastain, Juan

Thompson, Pío Tedín y José Esteban Echeverría. Algunos de estos jóvenes finalizaron sus estudios antes que él y alejados a sus respectivas provincias continuaron testimoniándole cordial afecto. Está en este caso especialmente Pío Tedín, un salteño de inteligencia ágil y corazón recto, que ocupó un lugar privilegiado entre sus amistades. Doctorado ya, ha tenido que regresar a su provincia natal. Nostálgico de Buenos Aires escribe con frecuencia a su ex discípulo, contestándole éste con esmerada puntualidad.

En este momento crítico encuentra Gutiérrez en su camino al poeta Echeverría. Su alma se dilata y expande jubilosamente bajo al conjuro de la palabra fácil y erudita de su nuevo amigo. No tardó en comunicarle a Tedín el hallazgo agradable. Después de aludir en una de sus cartas a sus antiguos paseos por las calles de Buenos Aires, le cuenta: «Ahora lo hago con Echeverría. Este joven llena mis gustos; es instruído, entusiasta, le gustan los paseos de extramuros y nos entendemos perfectamente. Cuando hablamos, lo hacemos sin más guía que la imaginación y los sentidos, dejando a un lado la razón fina que desvanece las ilusiones más gigantes y halagüeñas» (1).

La amistad de Echeverría y Gutiérrez, estimulada por comunes inquietudes e ideales, tuvo honda repercusión en la vida de los dos ilustres varones. El poeta de «La Cautiva» encontró en casa del amigo el calor de hogar que le faltaba, representado por la presencia tutelar de la madre de Gutiérrez y el afecto de las hermanas, que supieron envolverlo en las sutiles redes de amor. Se sabe, en efecto, que Echeverría escribió para María de los Angeles, la poesía «La diamela» y que él mismo se la cantó con música compuesta para tan dulce oportunidad. Gutiérrez, por su parte, sintió ensancharse el horizonte de sus preocupaciones intelectuales junto a la grata compañía del maestro por anto-

---

(1) Ernesto Morales.—Epistolario de Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, 1942, p. 6.

nomasia y jefe indiscutido de la generación argentina del año 1837. El balance histórico de esta amistad, empero, arroja mayores ventajas para este último. «La supervivencia del nombre de Echeverría—ha dicho certeramente Abel Chaneton—después de su ostracismo literario, mucho más aniquilador que el de la persona, es, en gran parte, obra de Gutiérrez» (2).

El férvido movimiento intelectual argentino del año 1837 sorprende a Juan María Gutiérrez incorporado de lleno a los círculos literarios, diarios y revistas de la época. Fué miembro conspicuo del Salón Literario y de la Asociación de Mayo. Participó también en la lucha entablada por la juventud estudiosa contra Rosas. No tardaron los esbirros del odioso tirano en sorprender sus relaciones con los «salvajes unitarios», delito que pagó permaneciendo cuatro meses incomunicado en la Cárcel de Santos Lugares. Oportunas diligencias hechas por su madre y por amigos bondadosos lo dejan en libertad. Sospechoso ante las autoridades, resuelve emigrar a Montevideo donde ya se encontraba un numeroso grupo de compañeros que lo habían antecedido en la «peregrina vía». Así lo hace el año 1840, después de darle un abrazo conmovedor a su madre y a sus queridas hermanas.

Hallábase instalado por esta época en la capital uruguaya, como en tierra propia, un selecto grupo de escritores argentinos. En sucesivas oleadas, interrumpidas por cortos paréntesis de tiempo, llegaron: primero, los hermanos Juan Cruz y Florencio Varela, y en seguida, desde 1830 a 1840, Alberdi, Mármol, Carlos Tejedor, Mitre, Cantilo, Félix Frías, Domínguez, Rivera Indarte y Juan María Gutiérrez. «Poco después—observa José Enrique Rodó—llegó también Echeverría que permaneció aquí hasta su muerte prematura sin alcanzar a ver lucir para su pa-

---

(2) Abel Chaneton.—Retorno de Echeverría (Obra póstuma). Buenos Aires 1944, p. 77.

miento. La buena estrella del desterrado quiso que esta honrosa distinción recayera en su persona el 19 de julio de 1845, a un mes y días escasos de su llegada a tierras chilenas.

Comenzó desde ese momento a preparar el material didáctico y a colaborar en la búsqueda de un sitio adecuado para instalar la nueva Escuela. Su corazón rebosaba de entusiasmo y de optimismo. Alberdi, que ya estaba establecido en Santiago, fué el confidente de estas horas verdaderamente jubilosas vividas por el proscrito: «Soy director—le cuenta en una espontánea carta—y por consiguiente gozo el sueldo de tal desde el 13 del corriente. Hay en perspectiva para el establecimiento un palacio encontrado en los extramuros: la casa está entre jardines, y la primera cuesta, pasado el estero de Polanco, en el camino de Santiago, se descubre bella, amenísima, desde la puerta de las habitaciones principales. Allí saldré a abrazarlo, amigo, cuando venga a Santiago. Es esta Arabia pétrea para el corazón: aquí donde nadie se interesa ni habla de lo que a nosotros nos deleita, nada mejor, mi querido Bautista, que encerrarse en un lindo presidio a trabajar de serio, rodeado de niños, es decir, de la inocencia, y de libros, es decir, de lo bello y de lo grande, único que se puede hallar en el mundo fuera de las maravillas naturales. Esta ilusión me da fuerza para permanecer en mi propósito: se lo digo a Ud. para contestar a una interrogación de su carta, a Buenos Aires por la cordillera. Este es mi programa. Montevideo se me presenta triste, pavoroso, lleno de malas pasiones, exigente, orgulloso y aún irónico para los que no hemos sufrido las espantosas miserias del inaudito sitio de tres años» (5).

La carta es larga y en ella pasa el proscrito revista a muchos otros hechos y recuerdos gratos a su espíritu de hombre observador y estudioso. El nombre de Domingo Faustino Sarmiento, el arisco y genial emigrado argentino, afluye a los puntos de su

---

(5) Hemos leído esta carta en el libro «Juan María Gutiérrez» de María Schweistein de Reidel. La Plata, 1940, págs. 113 y 114.

pluma con motivo de la publicación reciente de su libro «Facundo»: «Me mandó—dícele—un «Facundo» pidiéndome que dijese algo de él; lo hice en el editorial de «El Mercurio»; por esta razón tal vez crea el autor que no he cumplido con su encargo, lo que quisiera que Ud. rectificara, así como quien no quiere la cosa, en la primera oportunidad».

Recuérdale que ha hecho buenas amistades, y sin expresarlo, le da a entender que su vida transcurre plácidamente en nuestras hospitalarias tierras. He aquí un párrafo harto elocuente, de las buenas horas vividas al calor de amigos y amigas cordialísimos: «Pasamos con Piñero (6) excelentes ratos; este cordobés es una alhaja. Calavereamos y creo que él tiene para mí la misma amistad que yo le profeso.

Hace un siglo que no veo a J... éstas son palabras de usted. Yo la veo a todas horas, conservo todavía sus violetas, y tengo un retrato en una lámina de modas: idéntica, idéntica!... Si fuese libre ella... iría corriendo a ofrecerle lo único que puedo dar a una mujer: un constante cuidado, una vigilancia por su dicha a cada instante. Dígame, ¿no le gusta aquel modito que tiene esta coqueta e inocente? Aquellos ribetes de discreta y de sentimental mezclados con tantas chilenadas?».

Entre tanto el palacio en el cual se pensó instalar la Escuela no fué arrendado. El Ministro de Marina, general don José Santiago Aldunate, propuso el desarme completo de la fragata Chile—una de las tres unidades que formaban la armada nacional de aquella época—con el objeto de destinarla al colegio recién creado. Aceptada su indicación por el gobierno del país, Gutiérrez trasladó sus escasos bártulos a la flotante vivienda iniciando, de esta manera, con quince alumnos su misión de director y educador.

Los días transcurrieron para el emigrado alegres y tranqui-

---

(6) Refiérese a Miguel Piñero, desterrado argentino que llegó a Chile el año 1841 y que murió en nuestro país en 1846.

los. Entreveró sus horas de clases con la lectura siempre grata de viejos y nuevos libros. Desgraciadamente, esta felicidad fué empañada por el inquietante oleaje de la marea política que vivía el país en esos tiempos. El presidente Bulnes, como se sabe, impuso desde su alto cargo severas medidas restrictivas para detener el avance de las ideas liberales emergentes ya bajo su gobierno progresista. Estaban muy próximas las elecciones para renovar el Congreso Nacional y para designar al Presidente de la República. Gurtiérrez miró con profunda inquietud el abigarrado cuadro social que tenía ante su vista. Reelegido el héroe de Yungay primer mandatario del país el año 1846, nuevas dificultades comprometieron la tranquilidad de la ciudadanía chilena. Temióse ahora un conflicto armado con los países del norte, el Perú y Bolivia. El gobierno ordenó vigilar la costa. La Escuela Naval, por este motivo, fué clausurada temporalmente. En el interior, José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, Santiago Arcos, Eusebio Lillo y otros, echaban leña al fuego de la oposición desde el parlamento y la prensa. La república presentaba inquietantes síntomas sociales de intranquilidad y desasosiego.

Alentado Gutiérrez por la secreta esperanza de un mejor porvenir y herido en su sensibilidad por estas vicisitudes que afectaban su situación burocrática, se embarcó para Lima a fines de agosto de 1847. Contempló en esa legendaria ciudad los vestigios del fausto colonial que aún brillaban en la estación del Callao y en los claustros desiertos de la que fué Universidad de San Marcos. Le escribió desde allí a Juan Bautista Alberdi, su entrañable amigo, invitándolo a visitar la ciudad «antes que desaparezcan las tapadas, los viejitos hofmánicos, las procesiones y las deliciosas zambas montadas en burros con medias de seda, zapatos de raso y sombrero en la cabeza, dignas de ser reinas por un cuarto de hora del artista más rico en imaginación» (7).

(7) *María Schweisten de Reidel*.—Juan María Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 120.

Luego de permanecer tres meses en Lima, emprendió Juan María viaje a Guayaquil a donde llegó a fines del mes de diciembre. Residía en esta ciudad su hermano Juan Antonio, ex soldado en las filas de Lavalle, ex secretario del general La Madrid y Cónsul a la sazón de Chile en aquel puerto. Durante su permanencia en la sonriente ciudad de Guayas tuvo el agrado de abrazar a Domingo Faustino Sarmiento, que regresaba de Estados Unidos después de haber recorrido algunos países europeos. Poco después abandonó Ecuador, surcando aguas del Pacífico y se estableció nuevamente en Chile en el valle de Copiapó. No le tomó el displicente literato afición a la ciudad nortina por lo que se fué a vivir al interior en un lugar llamado La Puerta, donde un paisano suyo, natural de La Rioja, era dueño de una modesta posada. Aquí restableció el viajero sus energías perdidas y recomfortó su espíritu. Había recorrido ya muchas tierras y quedábale todavía por recorrer un trecho no menos largo antes de volver a mirar el paisaje querido de su infancia y adolescencia.

El doctor Gutiérrez regresó a Santiago el 15 de diciembre del año 1848. Sarmiento, que vivía con Mitre en el barrio de Yungay, le abrió las puertas de su casa. Trabajaron juntos en el diario «Tribuna», recién fundado. La política militante lo cogió en su revuelta ventolera. Desde sus columnas defendió la candidatura presidencial de Manuel Montt y dirigió certeros disparos contra la oposición ardiente y tenaz de la juventud liberal. En esta tarea lo aventajó el autor de «Facundo» que se sentía en Chile como en su propia casa. Dolíale en lo más hondo de su alma esta molesta situación: «Cada día me convengo más—escribió—de que por necesidad puede tomar el extranjero parte activa aquí en los negocios públicos». El espíritu tranquilo y reposado del docto humanista era contrario, como hemos dicho a la vida agitada de las corrientes políticas en pugna y choque permanentes.

La revolución del 20 de abril de 1851 advino con su cortejo

de sangre. Sarmiento no abandonó en ningún instante ni por ningún motivo la causa del gobierno. Mitre, por su parte, siguió con inquietud las diversas fases de la lucha fratricida, comprometido hasta la médula con el grupo opositor. Juan María, visiblemente molesto, decidió viajar nuevamente a otras tierras en busca de la paz y el sosiego gratos a su temperamento de hombre estudioso.

Silenciosamente, en forma casi furtiva, se embarcó para Guayaquil con el propósito de renovar, junto a su hermano, fraternales afectos. En carta dirigida desde esa ciudad a don Diego Barros Arana, uno de sus mejores amigos chilenos, le comunicó sus impresiones con gozoso y sereno lenguaje: «Me ha transportado usted en cuerpo y alma a Santiago en donde vivía como pájaro enjaulado, no porque me faltase libertad, ni porque allí no sea bello el cielo y grata la existencia, sino porque a pesar de mis canas tengo el corazón de muchacho y necesito lo que he perdido ya hace años, la familia, los amigos de infancia, las afecciones profundas. Aquí tengo a mi hermano, un caballo, una habitación cómoda y mis libros. Sin embargo, este clima es excelente para los zambos que crecen aquí con una energía prodigiosa, pero no para quien ha gozado del calor del brasero y de la chimenea en ese sur de América donde está la raza verdaderamente viril» (8).

Entra en seguida a preocuparse de la situación de Chile con motivo del levantamiento del general José María de la Cruz y de la rebelión de La Serena:

«He tomado el más vivo interés por los últimos sucesos de Chile y espero en Dios y en la energía de los hombres, que a esta hora habrá terminado ya toda la bulla y que las instituciones se hallarán en todo su vigor y respetabilidad.

La paz en Chile no sólo es preciosa para esa República sino

---

(8) Luis Barros Borgoño.—Don Juan María Gutiérrez. A través de una correspondencia, Santiago 1934, págs. 82, 83 y 84.





para toda la América de su propio origen y el romper con la Constitución, amotinarse contra ella, no respetar el sufragio y las decisiones del Congreso es dar un mal ejemplo a todas las demás Repúblicas que tan fácilmente se resbalan hacia las revoluciones armadas, siempre funestas, siempre injustas.

Ese partido que hemos combatido en Chile es muy original. Quiere que se haga con él como solemos hacer con los mal criados, a cuya voluntad caprichosa cedemos a veces temerosos de ser blancos de alguna grosería.

No nombren ustedes a Montt de Presidente porque si no don Félix (Vicuña) se irá al sur, Urrutia se apoderará del Parral, el coronel Arteaga se arremangará las polleras, como decía Jota-beche, y hemos de trastornar el país aunque sea por quince días. Pues no hay que darles ese gustillo; es preciso acostumar a los partidos a que se resignen ante la voluntad del sufragio, a no batirse sino con la maña y la actividad en los comicios: todo derramamiento de sangre, toda vía de hecho es un crimen».

Una soleada mañana del año 1852 se embarcó el trashumante escritor en viaje de regreso a nuestro país. Traía de las cálidas tierras ecuatorianas imágenes imperecederas y recuerdos indelebles. Desembarcó una vez más en Lima. Allí se encontró con Alberdi, el emigrado argentino que tenía mayor similitud de temperamento con él. Recorrieron juntos la legendaria ciudad del Rimac solazando los ojos y el espíritu con la visión de sus antiguos monumentos y el embrujo de sus misteriosas tapadas. Empero, la fascinación de nuestra tierra, hópito mesón para el extranjero, fué más fuerte que la atracción de aquellos lugares cubiertos por el dorado polvo de la historia. Volvieron a Chile en los primeros meses de 1852. En el camino los sorprendió la grata noticia de la derrota del tirano Rosas en la batalla de Monte Caseros. Sus espíritus se abrieron a un mundo soñado y presentido por ellos después de un exilio que supieron sobrellevar con entereza y dignidad. «Veníamos de Lima para Chile—ha narrado Juan Bautista Alberdi—cuando oímos en Cobija la

primera noticia de la caída de Rosas. No queríamos creerla por lo contradictorio del tiempo, con la distancia de Buenos Aires a Bolivia. Pero en Valparaíso, al fondear el vapor «Nueva Granada» que nos tenía a su bordo y antes que la policía marítima visitara el buque, un argentino venido a recibirnos, nos arrojó envuelta desde un bote, una gran hoja de papel mojada todavía, que contenía el parte de la batalla de Monte Caseros salido al instante de la Prensa. Llegar a Valparaíso nos pareció llegar a la patria...» (9).

Gutiérrez preparó en el acto sus maletas y en el mes de abril cruzó de nuevo la cordillera con el corazón pleno de esperanzas.

\* \* \*

El proscrito argentino encontró en Chile ambiente propicio para dedicarse al estudio y al trabajo creador. Su talento de escritor se enriqueció notablemente en el destierro, adquiriendo su pluma la seguridad que da la madurez. Publicó entre nosotros diversas obras de indiscutible mérito y ensayó en la prensa la crítica y la poesía. Esta labor le valió un nombre destacado en las letras chilenas e hispanoamericanas de la décimonona centuria.

Entre sus trabajos de crítica literaria merece recordarse el extenso artículo que dedicó al «Facundo» de Sarmiento en «El Mercurio» de Valparaíso (10). La figura del caudillo riojano, símbolo de un momento histórico de su patria, le proporcionó materia para hilvanar hermosas lucubraciones. Del mismo modo, la certera interpretación del caudillo que anima las páginas del libro, le dió ocasión para el elogio entusiasta.

Aunque no siempre poeta inspirado, Gutiérrez honró las columnas de la prensa chilena con poemas de mérito muy des-

---

(9) *Juan Bautista Alberdi*.—Juan María Gutiérrez. *Biografías y autobiografías*, Obras Selectas, p. 393.

(10) «*El Mercurio*» de Valparaíso, 27 de julio de 1845.

igual. Espigando aquí y allá en los periódicos de la época, citaríamos entre sus mejores composiciones el canto heroico intitulado «Gloria y Libertad» que publicó el 18 de septiembre de 1845 en «El Mercurio» y la poesía «Irupeya» dedicada «A mi amado hermano don Antonio Gutiérrez», de quien ya hemos hecho referencia en este estudio. Benjamín Vicuña Mackenna, uno de los mejores biógrafos del proscrito, ha elogiado con entusiasmo el canto heroico mencionado, considerándolo el mejor poema escrito por Gutiérrez en tierras chilenas (11). Compartimos ampliamente el juicio del fecundo historiador. Hay en la poesía inspiración verdadera y una belleza que llega fácilmente a nuestra sensibilidad. He aquí algunas estrofas del canto:

Del Atacama ardiente  
al cabo en que se estrella el iracundo  
mar que con su corriente  
rompe los hielos que amontona el polo;  
del aurífero monte  
hasta la playa en donde el alga verde  
se mece al rebosar de las mareas;  
de uno a otro horizonte,  
seca el pueblo el sudor de sus tareas  
y al natalicio de la Patria acude.  
Envanecida frente  
pasea bajo el toldo de pendones,  
en que brilla una estrella refulgente  
y el cóndor vencedor de los leones.

Durante su breve estada en Copiapó escribió el proscrito otras poesías menos valiosas, pero que tienen la virtud de fijar su

---

(11) Dice Vicuña Mackenna.—«En el orden estrictamente lírico, tal vez lo mejor porque es lo más poético que Gutiérrez escribió en verso de cuanto de él conocemos, es su composición a la Independencia de Chile, publicada en Valparaíso el 18 de septiembre de 1845». Ob. cit., pág. 887.

itinerario de viajero por tierras extrañas, y las emociones que embargaron su espíritu ante la gracia de la mujer chilena. A pesar de la dificultad del ritmo y la pereza de la rima, dones esquivos a su pluma de vate pertinaz, estimamos interesante reproducir en estas líneas su poesía «A una copiapina»:

Todo es plata en Copiapó.  
Habrá pueblo más monótono!  
En barra, en piña o en pella,  
siempre ese metal o lodo,  
se prende del corazón  
como de la tierra el hongo.  
Sólo la mujer allí  
no es de plata... ni de oro,  
sino de la dulce pasta  
que llaman carne los teólogos.  
Verdaderas hijas de Eva  
han heredado del pomo,  
y le han dividido en dos  
que dan latidos armónicos...  
Poned el oído y dormid  
a esa música, hombre estólido,  
que veta que no es de amor  
libro es que se vuelve prólogo,  
y quien se envejece en leerlo  
o es un lesa o es un loco.

No fué Gutiérrez poeta en el noble y alto sentido de esta palabra. El erudito de la edad madura anuló en él al vate de la juventud. Consérvanse en antañosos álbumes de delicadas damas chilenas diversas composiciones líricas que añaden poca cosa a sus méritos de fecundo escritor. («La mujer» en el Album de la señorita Dolores Olañeta: «Traducción de Byron» en el

Album de la señorita Muñoz, «Imitación de Lamartine», en el Album de Elodia, etc.).

Enamorado sincero de las letras americanas, publicó en el año 1846 en Valparaíso, la «América Poética», colección de poesías de los mejores vates del siglo pasado. Figuran en ella poetas argentinos, peruanos, uruguayos, bolivianos, venezolanos, colombianos, mejicanos, ecuatorianos, antillanos, centroamericanos y chilenos, algunos de cuyos nombres conserva aún la historia. Tenemos entendido que es esta la primera obra en su género editada en América. Hoy en día es fuente de consulta obligada para quienes desean conocer nuestro pasado literario. Entre los poetas chilenos de quienes se compilan poesías en el libro, aparecen Jacinto Chacón, Hermógenes Irisarri, Eusebio Lillo, Mercedes Marín del Solar y Salvador Sanfuentes. Algunos años más tarde, en 1875, José Domingo Cortés, publicó en París otra antología muy semejante a la de Gutiérrez, aunque mucho más amplia, intitulada «América Poética.—Poesías Selectas con noticias biográficas de los autores», en la que incluye al escritor argentino.

Otro trabajo meritorio publicado por Gutiérrez en Chile fué la versión al castellano moderno del poema épico «Arauco Domado» de Pedro de Oña (12). Valióse para dar cima a esta tarea de la segunda edición hecha en Madrid el año 1605 por el impresor Juan de la Cuesta. Encabeza la obra un prefacio que lleva por título «Noticias del autor y del libro», en el cual habla del padre de Oña, de la ciudad en que nació el poeta, de su estancia y estudios en Lima, de las distintas ediciones hechas del poema, y del juicio favorable que éste mereció a reputados escritores españoles como, por ejemplo, Francisco de Figueroa y Lope de Vega. En cuanto a la versión misma del «Arauco Domado», materia central de su trabajo, sostiene haber respetado escrupulosamente el texto y haber variado sólo la ortografía

---

(12) *Pedro de Oña.—«Arauco Domado»*. Valparaíso, 1849.

«porque era imposible conservarla». Al final del libro incluyó un glosario de voces araucanas y sesenta y siete notas históricas y culturales que ayudan a comprender el sentido del hermoso poema épico. El mérito de esta versión no escapó al criterio del editor español Manuel Rivadeneira, a la sazón en Chile y gran renovador de la tipografía de la época, quien no tuvo escrúpulo en insertarla en su célebre Biblioteca de Autores Españoles, silenciando el nombre del erudito argentino.

Digno vástago de la «América Poética» fué «El Lector Americano», libro que publicó Gutiérrez en Valparaíso el año 1846 con fines didácticos. Trátase de una compilación de trozos en prosa, escritos o traducidos por escritores americanos, y de poesías inspiradas en motivos también americanos. Se dan cita en el libro altos valores de la literatura e historia neoespañola hermanados en un común sentimiento de exaltación de las bellezas físicas y espirituales de nuestro joven continente. Sería tarea larga y acaso ociosa enumerar los nombres de los antologados. Entre los más conocidos recordaremos, sin embargo, a Bolívar, Ignacio de Molina, Domeyko, Andrés Bello, etc.

Pedagogo por imperioso mandato de las circunstancias y de su propio temperamento, tradujo el proscrito durante su ostracismo en Chile dos obras que cumplieron ampliamente con las finalidades que tuvo en cuenta al publicarlas. El primero de estos libros lleva por título «Elementos de Geometría dedicados especialmente a los niños y artesanos de América» (1848). Alcanzó vasta divulgación en la enseñanza primaria. El segundo, intitúlase «Vida de Franklin por Mignet de la Academia Francesa» (1850), y lleva un prólogo en el que extracta juiciosas palabras de su paisano Sarmiento sobre el ilustre sabio norteamericano.

Tuvo el docto escritor que nos preocupa oportunidad de reiterar su devoción por el estudio de la literatura americana en un extenso y bien meditado trabajo sobre el poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, bajo el título «Obras Poéticas» y

que apareció en Valparaíso en julio de 1848. Refiérese en él a la vida del «cantor de Junín», a sus viajes, vicisitudes, a las diferentes composiciones poéticas que escribió y a las traducciones de los clásicos latinos que ocuparon una parte importante de su labor. El libro contiene en sus páginas finales notas explicativas acerca de fechas históricas, epístolas, nombres raros y títulos de poemas muy remotos.

Profesor, periodista, poeta, crítico, historiador, compilador de obras conocidas y desconocidas, Gutiérrez desplegó en el destierro una actividad varia y meritoria. Su talento adquirió en nuestro país la madurez que dan los años y el estudio. No es verdad, como sostiene Benjamín Vicuña Mackenna, que él se hizo escritor entre nosotros, pues en su ciudad natal y en Montevideo ya había dado buenas pruebas de su vocación literaria y amor a las letras (13). Más exacto sería decir que las innatas disposiciones intelectuales del proscrito no sufrieron merma alguna en nuestro país gracias al ambiente de elevada cultura que imperaba en la sociedad chilena bajo los gobiernos de Bulnes y de Montt, modelos de mandatarios progresistas.

El triunfo de Monte Caseros, como ya se ha dicho, lo reintegró a su patria. Cruzó la cordillera, se estableció provisionalmente en Mendoza y luego siguió viaje a Buenos Aires. Aquí terminó sus estudios de abogado y actuó como Ministro de Gobierno. Bartolomé Mitre lo nombró, años más tarde, rector de la Universidad de Buenos Aires, sorprendiéndolo la muerte en el desempeño de esta carga (1878), después de haber desarrollado una labor valiosísima en la literatura del vecino país. Chile estuvo siempre presente en su recuerdo. Las cartas que cambió con Barros Arana así lo revelan. Mentalidad vasta y generosa la suya, entregó a la patria su esfuerzo constante, sin olvidar por esto

---

(13) Afirma Vicuña Mackenna.—«Puede decirse, a la verdad, que el doctor Gutiérrez comenzó a ser literato en el destierro, es decir, en Chile, donde vivió cerca de ocho años...» Ob. cit., pág. 906.

otro gran amor que ardía como ascua sagrada en sus entrañas: América, la patria grande y común. Peregrino en horas aciagas de su vida, amontonó papeles y referencias sobre cuanto escritor y escritorzuelo encontró a su paso. Quiso convencer al mundo—ilusión de ilusiones—de que el Nuevo Continente era rico en obras merecedoras del agradecimiento póstumo, de que existía una literatura hispano-americana digna de parangonarse con las literaturas europeas. Puede medirse la magnitud de su error por la magnitud misma del ideal imposible.

Las preocupaciones literarias absorbieron la vida de Juan María Gutiérrez. Esto no le impidió asomarse a otros campos de la actividad social con lucidez de criterio y certera mirada. La política le quitó horas de sosiego, no siendo ajeno a sus problemas, ni extraño a la solución de los males que han afectado a las repúblicas americanas. Elocuentes manifestaciones de su pensamiento sobre estas materias encuéntranse en algunas de las cartas que dirigió a compatriotas y amigos de Valparaíso en mayo de 1872. Lamenta en ellas la eterna crisis de estos pueblos que carecen de industrias propias y que viven ateniéndose a formas primitivas de producción. Díjole a uno de sus amigos: «Ud. ve que Potosí era próspero cuando todo lo compraba con rascar el cerro, pero hoy, que no hay como rascar nada, Potosí es una tapera de indios andrajosos. Nosotros continuaremos esquilando ovejas y desollando bueyes, pero no creamos ninguna industria en que la inteligencia se asocie al trabajo, único maridaje que da riqueza verdadera y constante» (14). Estas palabras revelan, sin duda, a un economista juicioso que no tiene tapujos para expresar sus ideas en campos aparentemente ajenos al cerrado mundo de los libros en el cual vivía. Refiriéndose a la misma materia, observa con agudo espíritu crítico: «Cuando no hay paja en el pesebre los asnos se dan de coces», sentencia que pone de

---

(14) Luis Barros Borgoño. Ob. cit., pág. 20.



manifiesto al intelectual que conoce el drama de América y adivina su solución impostergable.

Formó parte Gutiérrez de la espléndida constelación de emigrados argentinos que llegó a Chile huyendo del tirano Rosas, integrada por Sarmiento, López, Mitre, Alberdi, etc., a los cuales debemos justiciera gratitud y emocionado recuerdo.